

Cuerpos perdidos, cuerpos reconquistados. Las grandes secuencias de la historia de la discapacidad

Por Henri-Jacques Stiker¹

Introducción

La historia marcha como los cangrejos y no se repite. Estas dos imágenes muestran que una presentación lineal puede ser tramposa, haciendo creer que existe una progresión rectilínea y advierte contra lo que falsamente se llama las lecciones de la historia. En cada período existen tensiones y corrientes contrarias. Cada período reorganiza las cosas a su manera, sin que se pueda hablar de progreso ni de atrasos. Me refiero en términos de mutaciones y metamorfosis. Ello brinda a la historia toda su importancia en tanto sus formas actuales no se comprenden si no se ha rehecho el camino que allí las llevaron. Por lo tanto, el historiador ama el orden cronológico ya que el devenir del tiempo es más fácil de seguir y, por cierto, no puede ubicar a los faraones luego de la revolución francesa.

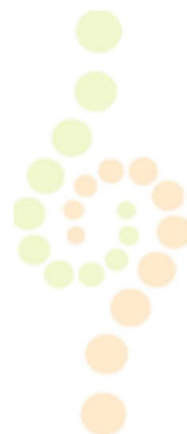
Mi segunda observación preliminar es de orden antropológico. Ante la invalidez² del individuo el colectivo se siente incómodo, tiene miedo, teme por la desgracia y el desvío, se enfrenta a la finitud y a la fragilidad de su condición. De esta psique turbulenta surgen las mitologías fantásticas, las sismologías arcaicas o muy elaboradas, los abordajes más o menos aleatorios. Cada sociedad o cultura construye su universo de cuerpo deficiente.

1. La simbología de la invalidez

El mayor clivage en la historia de Occidente se sitúa, como todo el mundo lo sabe, con el Renacimiento y la secularización del mundo, separándose de la concepción heterónima, es decir, de su lazo fundamental con el poder divino. Algunos fenómenos se van a modificar radicalmente en lo religioso, lo común, bajo formas perfectamente diferentes, en el conjunto de las sociedades: la ciencia galilea, que da autonomía a la razón; una nueva filosofía política con los teóricos del contrato social, que da autonomía a la sociedad; la Reforma, que da autonomía al creyente con relación a las Escrituras sobre la desorganización social debida fundamentalmente a las guerras interminables y a las grandes epidemias (pestes, cólera y otros flagelos), que apela a una monarquía absoluta para dar orden según las normas racionales.

1 Doctor en Filosofía del Lenguaje Pertenece al Laboratorio *Identidades, culturas, territorios*, Universidad Diderot, Paris 7. Redactor en Jefe de ALTER, Revista Europea de investigación sobre discapacidad. E-Mail de contacto: stiker.metal@dbmail.com El artículo es una traducción del texto presentado en francés por el autor en la edición de este boletín Onteaiken. Créditos de la traducción: Dra. María Noel Míguez.

2 Nota de la Traductora: En francés se plantea el término *infirmité*, como antecesor, de alguna manera, al término de *deficiencia*. Sin embargo, específicamente se distingue *infirmité* de *déficience*, planteándose su correlato en el español más, pudiera ser, en la palabra *invalidez* asociada a la imposibilidad de realizar tareas de la vida cotidiana, no así a la carga negativa que en el español contiene dicho término. Para los fines presentes, *infirmité* se traduce como *invalidez*.



A. Bajo la mirada divina

a) Nacer deforme, mensaje de los dioses

Desde la Antigüedad la invalidez de nacimiento es vista como un maleficio. Nacer deforme es una señal de advertencia de los dioses hacia un grupo social incorrecto y en riesgo de desvío. Significa que el recién nacido mal formado debe ser reenviado a sus destinatarios para mostrar que el mensaje ha sido recibido.

Dicha práctica es la que los griegos llamaban de exposición de esta infancia, reservándole una palabra muy particular: *apothésis* (en oposición a otra forma de exposición como era la *ekthésis*, que mostraba a la infancia nacida de uniones indeseables). Por decisión de los responsables de la ciudad, los niños que presentaban anomalías (dedos palmeados, miembros inacabados, miembros deformes, etc.) eran llevados fuera del ámbito social, en lugares inhabitados, donde morían. No eran asesinados directamente pero sí dejados a la voluntad de los dioses. Los que sobrevivían, al menos en el imaginario social, se convertían en referentes, a menos que cayeran en las manos de los mercaderes de esclavos o de traficantes de prostitución.

El caso de Edipo es simbólicamente ejemplar. Según Marie Delcourt, historiadora de la Grecia Antigua, Edipo representa el destino de aquellos que poseen y causan infelicidad, debido esto a su nacimiento anormal. Simboliza una forma extrema de “diferencia”, la cual persigue la mentalidad griega, por lo que será dotada de repetición y de *mimesis* en tanto desposará a su madre, asesinará a su padre y verá el desgarramiento de sus hijos. El nacer deforme es maléfico y, al mismo tiempo, da signos de aceptación, imposible para estos otros. Hay que mantener la repetición de la especie en lo idéntico para protegerse de la cólera de los dioses.

Aristóteles planteó una ley prohibiendo ocuparse de la infancia nacida deficiente y Platón intentó racionalizar las costumbres de la exposición a través de argumentos eugenésicos.

Bajo diversas formas, la figura maléfica del niño nacido deforme se encuentra en las diferentes culturas a lo largo del tiempo.

b) Ser honesto para acercarse a Jaweh

Si llevamos nuestra mirada hacia la cultura hebrea, la invalidez aparece como una impureza. Se trata siempre de un significado trascendente de la deficiencia. Toda invalidez comparte con otros seres (los animales impuros, indignos de dar ofrendas) y otras situaciones humanas (los períodos menstruales o de puerperio, las eyaculaciones de esperma, etc.) la función de indicar lo que separa lo divino de lo humano. En efecto, en el libro Levítico sobre la tribu sacerdotal, los hijos de “sacerdotes” nacidos inválidos tenían prohibido el culto. No podían presentar ofrendas. Al acercarse a los lugares de presencia del Todo Otro, éste debe ser sin defecto, sin deshonra. El pensamiento hebreo pone condiciones para cumplir con este ser que no sabían siquiera cómo nombrarlo (el tetragrama). La *prohibición cultural* es fuerte pero limitada y no causa prácticas expeditivas. Por el contrario, la ética hebrea recomienda tratar con compasión y bondad al pobre y al deficiente, más allá de que no exista una institución que le sea de destino.

La invalidez hace de marca de lo sagrado, sin excluir de la sociedad. La invalidez es una alteridad opuesta a la de Dios, pero, como ella, es inconmensurable; en la vida social,



por el contrario, es una simple diferencia, muy secundaria con relación al hecho de que todos los hombres son hijos de Dios.

c) La invalidez, manifestación de Dios (la ruptura evangélica)

Cristo aparece más de veinte veces en contacto con un inválido en los evangelios. Transgrede su tradición judía en varios puntos: rechaza toda relación entre invalidez y pecado (por ejemplo, el nacido ciego del capítulo 9 del Evangelio según Juan), cura a los inválidos en el día del sabbat (por ejemplo, Evangelio según Lucas, 6/6-12) y despliega una nueva relación entre la pureza y la impureza interiores. Se deja tocar por los inválidos y enfermos, él que se presenta como la presencia de Dios en el mundo. El inválido no puede ser excluido como sucedía en la Antigüedad que era dicho de pagano, pero tampoco podía continuar figurando en la categoría de impureza. En contraposición, Jesús brindó toda su fuerza a la tradición ética del pueblo judío: considerar a los pobres y a los deficientes como los rostros de los hijos de Dios, por lo que había que amarlos y respetarlos. Mahoma, por su parte, exigirá lo mismo: “*sin culpa a los ciegos, sin culpa a los cojos, sin culpa a los enfermos*” (Surat XXIV, 60).

d) Aliviar las deficiencias y lograr la salvación (visión medieval)

En el período medieval encontramos a dos grandes figuras de la invalidez: el inválido pobre, objeto de “obras de caridad”, y el inválido bufón.

La perspectiva salvadora de la caridad brinda al inválido una mirada de disminuido. Se vuelve una persona necesaria para la limosna y el hogar. Es una figura diferente a la del bufón. Los pobres eran objetos de hospitalidad a través de varias fundaciones creadas por ricos laicos, príncipes, u obispos y abadías. Estos hospedajes y limosnas permitían asegurar la salvación. Esta caridad, en el sentido noble del término, dejaba intacta la condición de los pobres, mendigos, entre los cuales se encontraba la mayor cantidad de inválidos.

Como era obligatorio dar limosnas para llegar a la salvación, la mirada teológica dominante daba una actitud pasiva ante el sufrimiento, la desigualdad y la condición desfavorable. De hecho, el mundo salía enteramente de la mano creadora, era obra de la divinidad. Y, nosotros, humanos tan limitados, que no somos capaces de comprender los designios de Dios. Así, la sociedad medieval no estableció proceso de discriminación alguno contra los inválidos, así como tampoco generó procesos ventajosos para superarla o reducirla. Existe una integración ideal de la invalidez y una tolerancia concreta con relación a los designios de Dios hacia los cuales había que someterse para ganarse el paraíso.

e) El bufón deforme está relacionado con otro mundo

La bufonería es todo un sistema de pensamiento. Se puede incluir bajo este término tanto la sobrevaloración mística como la sobrevaloración del bufón de la corte. En este último caso, a la invalidez (enanos, cojos, deformes, débiles mentales principalmente) se le asigna una función de burla. La invalidez manifiesta una permanente fragilidad, el arbitrio humano del orden y de los poderes establecidos. Es un símbolo para el mundo y brinda el privilegio de decir lo que ninguna otra persona puede decir. En el caso que llamo



místico, la invalidez es considerada como el “lugar” mismo de la contemplación de Dios y como la encarnación prolongada de Cristo. Imagen de la trascendencia que nos acerca más a él y al más allá, de la misma manera como el bufón indica la contracara del mundo. El bufón cercano a los príncipes o el leproso abrazado por François d’Assise tienen en común rasgar el velo de las apariencias de este mundo, y de mostrarnos lo indecible, lo “meta-mundano”. La bufonería de la invalidez juega un rol de mediador entre dos mundos e interroga los fundamentos de la sociedad. Así y todo, cuando la invalidez, sobre todo en los siglos XIV y XV, es considerada como una expresión demoníaca (como en el caso de ciertas formas de “locura”, donde se podría decir que la locura y la posesión se confundían) también se debe a que es un signo de otro mundo que rechaza.

Los inválidos bufones hablan desde “otro lugar”, capaces de juzgar el “aquí y ahora”. Participan de otro mundo, que es también un mundo otro. El mismo esquema vale para la invalidez y el pobre cuando constituyen, en ciertos espíritus, el lugar de la identificación de Cristo salvador.

B. Hacia una mirada secularizada

a) Los inválidos diabolizados: vagabundos, poseídos, bandidos (siglos del pre-Renacimiento)

Cuando las grandes pestes (a partir de mediados del siglo XIV) habían diezmando las poblaciones en toda Europa y provocado una convulsión demográfica sin precedentes, y cuando las guerras continuas habían arruinado los campos e instalado la inseguridad, los inválidos pasaron a ser, muchos de ellos, vagabundos. Perdieron así su lugar de figura de Cristo para convertirse en personajes peligrosos. Verdaderos y falsos inválidos cohabitaban en bandas de errantes incontrolables, estimulando los segundos a los primeros. Del vagabundo al bandido la frontera se cruzaba rápidamente, en la realidad como en la percepción social. En esta misma época la inquisición causaba estragos y la locura, o simplemente la no conformidad, podía llevar a la hoguera. Se tiene el testimonio de mujeres declaradas locas y masacradas o quemadas vivas por creérselas poseídas por el demonio. Estos siglos de grandes miedos no podían hacer sombra a los diez siglos precedentes a la Edad Media, más allá haya que esperar la reacción de los siglos llamados clásicos.

b) La invalidez compensada: los primeros avances tecnológicos (Ambroise Paré).

En el mismo tiempo en el cual la invalidez pierde su aura espiritual (a pesar que la sociedad era ruda con ellos, la Edad Media no resultó un período tierno de forma alguna) y se encamina hacia una consideración puramente política, la modernidad se manifiesta también en las primeras tentativas tecnológicas.

Cierto es que los hombres jamás dejan de imaginar las reparaciones del cuerpo humano deficitario, más aún cuando se hacen representaciones fantasmagóricas o religiosas de la invalidez, y a menudo las dos a la vez. Sin embargo, el umbral de la modernidad es atravesado en esta área por Ambroise Paré al inventar las prótesis articuladas para los individuos amputados. No son sólo simples estados, son prolongaciones corporales y de sustitución funcionales. Más aún, Ambroise Paré quiere generalizar el uso de prótesis. Imitando las pesadas armaduras, construyó prótesis en cuero hervido para los pobres, abriendo la mirada a la investigación de la ligereza y la utilización de materiales diversos.



La oportunidad de Ambroise Paré (1509-1590), cirujano de Enrique II, de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III, y padre de la cirugía moderna, estuvo quizá en no frecuentar la universidad y haber adquirido su experiencia en los campos de batalla, lo que le permitió, como a otros sabios de este Renacimiento, concebir de otra manera el cuerpo inválido.

c) En nombre de la razón, el confinamiento (monarquía absoluta)

Vienen siglos donde bascula todo el universo mental (con relación a la naturaleza y con relación a los hombres entre ellos) y el universo social (teorías de lo político y el gobierno de la cuestión pública). La aparición de la racionalidad moderna, que separa radicalmente la razón y la sinrazón, va a implicar la cuestión del embarque de la sinrazón por la nueva razón así definida. Por otro lado, se afirma la autonomía de lo político y de la sociedad. Desde la monarquía absoluta se hizo pensar al poder político y a la organización de la sociedad como fundada sobre y dependiente de un otro, un externo. La fuente de poder es inmanente. Pero, hasta la sociedad que se funda sobre ella misma (aquella que se expresa en términos de contrato social) no va a buscar fuera de ella las significaciones sobre sí misma. Es al interior de la sociedad que hay que buscar las razones y soluciones. La invalidez es, de ahí en más, objeto de un trato social y no más una proyección de sentido por la mirada de un otro. El sujeto va a convertirse en objeto para la ciencia y la investigación. En consecuencia, también se convertirá en objeto de práctica social y de tratamientos sociales.

La invalidez se encuentra en el lado irracional. Es aquello que no se puede integrar sin peligro de desestabilización. Todo aquel que es marginado social, tales como los mendigos, los criminales, los pobres, los locos y los malformados constituían una negativa que había que circunscribir, y por ende relegar a los espacios establecidos para ellos. Este es el contenido del “*Edicto del Rey para el establecimiento del Hospital General de confinamiento para los mendigos pobres de la ciudad y de las afueras de París*”, de abril de 1657, que refiere tanto a los inválidos, como a los miserables y los locos.

La modernidad no comienza con buenos auspicios para los inválidos.

2. La entrada en la ciudadanía

a) La habilitación de los inválidos

El siglo llamado de las Luces se conduciría hacia la normalización, no en el sentido que se realizará en el siglo XIX, como idea de “media social”, sino en relación a la igualdad. La invalidez se torna una situación “a adecuar” bajo la idea de igualdad. Igualdad de derecho que va a la par de una heterogeneidad de hecho y donde la idea y acciones para disminuir el hecho de la diferencia, lleva al advenimiento de la igualdad social. De manera general, los enciclopedistas y los filántropos tendrán todos esta pasión por la educación. Diderot escribirá su célebre “*Carta sobre los ciegos para los que ven*” (1749), la que tendrá como uno de los efectos mostrar que todos los espíritus son iguales en tanto se pone allí la necesidad de la instrucción y la educación. Los inválidos se hallan desanclados de su especificidad inferiorizante. Aquellos que se encuentran retrasados por la deficiencia, o encerrados por delitos sin razón, son capaces, si se supera el ardor moral y la técnica adecuada, de volver sobre la revisión de acciones. Es a partir de Diderot que se comprende: el apoyo en el aprendizaje de los ciegos por Valentin Haüy (que hará escuela en toda Europa), quien encontrará un poco más tarde su tecnología precisa con



el braille; la educación de los sordos y la invención de su propia lengua, la lengua de señas, a través del Abate de l'Epée; el cuidado de los enfermos mentales, percibidos como curables, y la invención de la psiquiatría por Philippe Pinel. Siguiendo el siglo XIX, las tentativas por educar a aquellos llamados “idiotas”, “atrasados”, “imbéciles” con Jean-Marc Itard (quien se centró, sin éxito, en el niño salvaje Victor de l'Aveyron) y Edouard Seguin, quien tomó la antorcha de Itard, creador de la pedagogía especial.

b) Los prejuicios resistentes, ¿cómo salir de la monstruosidad?

John Locke no dudó, por coherencia filosófica, de considerar a los “idiotas” (aquellos que diríamos discapacitados mentales severos o los multidiscapacitados), como pertenecientes a una especie intermedia entre el animal y el hombre, aquel sobre el cual Leibnitz vaciló y se ubicó del lado de la presunción de humanidad. Asimilados a los monstruos ni siquiera humanos, no saldrán de esta confusión. La monstruosidad saldrá de su posición intermedia a partir de los escritos de Geoffroy Saint Hilaire, padre (Etienne 1172-1844) e hijo (Isidore). Como lo escribió Georges Canguilhem a fines del siglo XIX, en el contexto de lo que se nombró como el darwinismo social, la noción de degeneramiento había conquistado el mundo científico. Los degenerados, que podían ser tanto de las razas diferentes a la blanca como los inválidos, los marginados y sobre todo los locos, se situaban en una escala inferior a la considerada dentro de los grados de humanidad. Las luchas del doctor Trèves por John Merrick (el “hombre elefante”), de Jean-Marc Itard por el niño salvaje de Aveyron, y los grandes educadores de los “idiotas”, Edouard Seguin y Désiré Magloire Bourneville, no lograron hacer lo suficiente como para salir de los prejuicios y falsas ideas.

c) La perspectiva de la integración

1. De la invalidez a la discapacidad

Hacia finales del siglo XIX, el problema de los accidentes de trabajo se complejizó en los países industrializados. La industria, en su carácter no reglamentado y explotador de los hombres, lleva al abismo y rompe varios aspectos que se consideraban propios de los ciudadanos. Se va a introducir la idea de responsabilidad social, por lo que se tendrá la obligación de reparar y más tarde compensar las violaciones que llevan a riesgos en el trabajo y que no pertenecen sólo a los patrones como individuos sino a la colectividad nacional entera. Por lo tanto, se van a hacer progresivos esfuerzos para otorgar un espacio económico y social a los accidentados por el trabajo. Habría que leer aquí la obra de Francois Ewald, la que expone esta revolución tranquila y profunda, de una sociedad que es llevada a instaurar un nuevo orden social en torno a las ideas de responsabilidad colectiva, seguro social, la norma como medio, reparación, compensación, es decir, todo lo relativo a la gran ambición de la “seguridad social”, sin duda una de las fundaciones más sólidas de nuestras democracias modernas. Lo que introduzco de Ewald es lo que se toma como referencia mayor: la nueva ola de inválidos creada por la industrialización, hecho social reivindicado por este autor como central. Dicho de otra manera, no sólo se trata de cómo la cuestión social es vista hoy día a partir de mecanismos centrales de funcionamiento conjunto, admitidos por todos o casi todos, sino de cómo una cuestión social puede mutar a partir de un grupo demandando una cuestión viva. Entiendo que los hechos producidos por accidentes de trabajo son el comienzo de una nueva mirada sobre la invalidez, que, en su totalidad, va a ser vista por el prisma de los accidentes



laborales. Toda invalidez, progresivamente, va a aparecer como una responsabilidad y una solidaridad colectiva a partir de una “accidentología”, en términos casi bárbaros; es decir, que ésta se desnaturaliza al socializarla. Será tomado como un flagelo social por el daño causado a la salud. El Estado se encuentra, pues, implicado. Esto es lo que habían visto y querido los revolucionarios pero toda la legislación permanecía inaplicada³. La invalidez ya no es más un destino desafortunado marcado, sino que será parte esencial de la asistencia pública, ya no más en la órbita de la caridad individual sino como derecho de la solidaridad colectiva por haber sido víctima del progreso mismo de la sociedad.

Un segundo hecho vino a reforzar esta emergencia antropológica: la hecatombe de la guerra de 1914-1918. Una vez más, las naciones se encuentran ante una gran masa de hombres que las “patrias” han herido. La sociedad vuelve a hacerse sentir comprendiendo a estos hechos como una forma de culpabilidad colectiva y un imperativo económico de no dejar fuera de la producción a los agentes que reclaman la recuperación de un lugar y los derechos de su reparación y compensación. Desde los primeros años de la guerra se generó un reglamento para abrir los servicios y establecimientos de reclasificación profesional. El retorno a la actividad devino un imperativo y una reivindicación. A la revolución tranquila de los seguros sociales, los heridos de la primera guerra mundial sumaron la voluntad de retornar al espacio económico y social, volviendo a su situación anterior o a otra.

Un tercer evento que se hace pertinente analizar: la condición y las reivindicaciones de los tuberculosos. Se sabe que la tuberculosis no sólo es considerada contagiosa sino igualmente ligada, al menos en la mayoría de los casos, a ciertas condiciones sociales por falta de ingresos y de higiene. Se habla de un flagelo social y no sólo sanitario. La cantidad de aquellos que vuelven de los hospitales es determinante en tanto demandan su parte a la instrucción interrumpida o al trabajo abandonado.

La escuela finalmente se abrirá a recibir a los niños discapacitados. Será un largo camino desde la obligación escolar hasta que las nuevas generaciones de padres logren una escuela común para sus hijos, pasando por las instituciones especializadas. El contagio de iniciativas tomadas en ciertos países, como Italia, en torno al movimiento general de desinstitucionalización y la presión de los movimientos de personas con discapacidad fueron encontrando, progresivamente, legisladores dispuestos a promulgar leyes de integración.

Para brindar un vocabulario adecuado a esta situación en la cual el deterioro orgánico o funcional se debía a fenómenos sociales independientes a la naturaleza (trabajo, guerra, condiciones de vida) provocando la necesidad de volver al espacio económico y social de la ciudad, los términos defectivos (incapaces, inválidos, impotentes, etc.) no convenían más. Se toma prestado del campo deportivo una semántica que se entendió ajustada: la carga que pesa sobre ciertos candidatos es exógena, arbitraria y relativa por lo que el “handicap” es aquél que establece una paridad entre los concurrentes, una igualdad de oportunidades. La prueba, que es la competición, supone entrenamientos en las estructuras y técnicas particulares. En el período de plena expansión de aquellos primeros años, más allá de que suene un poco abusivo, los treinta gloriosos, la adopción de la palabra “handicap” fue bienvenida para significar la voluntad de integración. Fue la forma, a mediados del siglo XX, de significar una nueva perspectiva.

³ Queda claramente visto en la ley de 1905 sobre los viejos, inválidos e incurables. Véase, por ejemplo, Charoy (1906).



2. Persona discapacitada, situación de discapacidad, inclusión

Un nuevo período se abre a nivel internacional a partir de los años '70. Va a aparecer la primera Clasificación Internacional de Invalidez, Deficiencia y Discapacidad (CIDDM) (1980), modelo médico al cual el modelo social se le opone; la segunda Clasificación Internacional del Funcionamiento (CIF) (2001), a la cual hay que sumarle la fuerte contribución del modelo de Québec a través de su documento sobre Procesos de Producción de la Discapacidad (desde 1983). La noción de inclusión se torna central. Estas perspectivas son suficientemente compartidas por los investigadores, los profesionales, las familias.

Esta evolución se funda esencialmente, según entiendo, a partir de los dichos de las personas con discapacidad, en los movimientos generados y organizados por ellas mismas. Se plantea contra toda discriminación, en reivindicación de la autonomía con la idea de un mayor empoderamiento, apelando no sólo a la integralidad de los derechos cívicos ya exigidos, sino a la transformación de todo lo que se podría dar en llamar, por decirlo rápidamente, los espacios sociales. Deviene como prioridad tirar abajo las barreras en todos los órdenes, de representaciones arquitectónicas, reglamentarias, pedagógicas, comunicacionales, lo cual convoca a la sociedad a una accesibilidad completa, con el fin de que todos los ciudadanos puedan encontrarse conjuntamente en el *mainstreaming*. La noción de handicap es, de aquí en más, una noción interactiva entre diversos factores; interactiva, evolutiva y dinámica. El modelo de discapacidad será sistémico, para emplear un término de moda. Para colmo de males y dar a los derechos de las personas con discapacidad su plena eficacia, la comunidad internacional firma la Convención de los Derechos de las Personas con Discapacidad (CDPD). La aplicación de sus orientaciones ocupa mucha energía a las personas y grupos concernidos en todos los países que la han ratificado y la han hecho una obligación legal. Este texto, remarcable en varios aspectos, redactado y discutido con la participación de las personas en situación de discapacidad, no es una adición de nuevos derechos, sino un incentivo para hacer efectivos los derechos existentes. Va a estimular, ampliar, sostener el movimiento que va a permitir a las personas con discapacidad jugar un rol primordial en la sociedad de hoy día. Quisiera terminar evocando la contribución de las personas con discapacidad a la vida social.

Hacia el futuro

Una de las grandes fantasías que nos acecha es la omnipotencia, comprendida como ilusión de inmortalidad. Las personas con discapacidad constituyen, a mis ojos, uno de los reguladores, a la vez filosófico y social, de nuestros excesos, de nuestra *hybris* para emplear un término griego intraducible. Sería bueno que se nos recuerde la verdad de nuestra condición, a medida que avanzamos más y más rápidamente en la consecución de la eficiencia: tecnológica, sentimental, de enriquecimiento material, etc. La sabiduría, que bien exaltan los filósofos como ciertos textos de la Biblia, ¿no debe ser honrada y pagada así como el rendimiento y la fuerza? La condición discapacitada es una condición de sabiduría en tanto limita. Ello no quiere decir que todas las personas con discapacidad son modelos de sabiduría en el sentido corriente del término. No es difícil de comprender sobre el plano en el cual sitúo mi reflexión. Sin sabiduría, sin consciencia de límite, podemos fácilmente, bajo el registro individual y colectivo, dejarnos llevar bajo la locura de la omnipotencia. No parece cuestionable que debemos regular nuestro exceso de omnipotencia.



Reconocer el valor del límite, es encontrar los medios para reducirlos. Proporcionar un salario a la deficiencia es ir hacia su extinción. Puede ser incluso mejor quedarse en lo fácil y compensatorio. Entonces, ¿quién se atreverá a poner en marcha la contribución, como salario, de las personas con discapacidad?

Se pueden enumerar los sectores donde sumar la presencia y la participación de las personas con discapacidad a los debates y experiencias aportarían a esta regulación que nos es necesaria. En el trabajo, reformando las condiciones laborales, inútilmente dolorosas y forzando a los jefes a inventar arreglos laborales. En las políticas sociales, instalando la necesidad del acompañamiento a las personas con dificultad e insertando una política del cuidado, en la justicia y la solidaridad. En esta misma lógica, la cuestión de la discapacidad puede ser un elemento importante para el equilibrio de las políticas sociales al tener en cuenta los colectivos asegurando cada vez más el bienestar individual. Hoy día, en que las formas del individualismo son por lo general exacerbadas, las personas con discapacidad pueden requerir la necesidad de algunas de estas formas sin ir contra del bien de todos.

De esta manera, si las personas con discapacidad fueran llamadas a participar ellos mismos en los debates sobre cada una de las grandes cuestiones sociales, la sociedad se tornaría cada vez más accesible a una mayor cantidad de ciudadanos, discapacitados en el sentido estricto o no. Esta será la vía de esta sociedad inclusiva que, de muchas maneras, desea y anhela (Gardou, 2012). La sociedad inclusiva es, en efecto, aquella en la cual los obstáculos sociales son erosionados por todos. Las personas con discapacidad pueden ser la punta de lanza de esta sociedad.

Referencias

CHAROY, F. (1906). L'assistance aux vieillards, infirmes et incurables en France de 1789 à 1905, Tesis doctoral en Derecho, Université de Paris, Paris.

GARDOU, C.(2012). La société inclusive, parlons-en !, Il n'y a pas de vie minuscule, Erès, Toulouse.

